

THESIS

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFÍA Y LETRAS

- ▶ **Federico Patán**
- ▶ **Leopoldo Zea**
- ▶ **Juliana González**
- ▶ **Edmundo O'Gorman**
- ▶ **Abelardo Villegas**
- ▶ **Sergio Fernández**
- ▶ **Carlos Bosch García**
- ▶ **Eduardo Nicol**



Abril / 1979

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.

Año I, Número 1

abril / 1979





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo

Secretario General Administrativo:

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

Secretario General Académico:

Dr. Fernando Pérez Correa

**THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Director: Abelardo Villegas.

Editor: José Antonio Matesanz.

Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,

Juliana González, José Antonio Matesanz

Secretaria de Redacción: Elsa Cross.

INDICE

Presentación 5

La Tradición Presente. EDMUNDO O'GORMAN: 7
Sobre la naturaleza bestial del indio americano.

EDUARDO NICOL: 21
El filósofo, artífice de la palabra

LEOPOLDO ZEA: 24
Crisis del sentido de la historia occidental

SERGIO FERNANDEZ: 31
El neófito y el monstruo

CARLOS BOSCH GARCIA: 33
México frente al mar

JULIANA GONZALEZ: 40
Spinoza y la libertad 40 *Anatema a Spinoza* 51

FEDERICO PATAN: 52
La ciencia ficción mira al futuro

ABELARDO VILLEGAS: 58
La ideología política de Octavio Paz

Notas y Reseñas: 65

María Andueza sobre Ungaretti y Góngora, 66
de José Pascual Buxó

Roberto Heredia Correa, sobre las Elegías de Tibulo 72

Gustavo Escobar sobre Cultura y política en 75
América Latina, de Abelardo Villegas.

La ciencia ficción mira al futuro

Por años la ciencia ficción fue un coto cerrado. Lo fueron, asimismo, la novela policiaca y la novela rosa. Quiere decirse con ello que cada uno de esos géneros —menores para algunos— tenía un grupo de autores muy especializados, ciertas convenciones a las cuales atenerse y un público de apoyo celosamente fiel y crítico. Se trata de géneros jóvenes y, en el caso de la ciencia ficción, de uno que apenas va iniciando su conquista de nuevas fronteras.

La ciencia ficción fue y en buena medida sigue siendo un coto cerrado por razones de origen. Tocada de refilón por algunos autores del pasado, tiene sus raíces y sus primeros frutos en el siglo XIX y su florecimiento pleno a partir de la tercera década del XX. Surge pues cuando el acontecer histórico exige su presencia; cuando existe un público lector que sin saberlo está listo ya para recibir esa literatura. Transcurrida la Revolución Industrial, el mundo va volviendo sus ojos esperanzados hacia la ciencia y hacia la técnica, pensando las soluciones cabales para todos los problemas de subsistencia y supervivencia del hombre. En Inglaterra el optimismo se vuelve casi oficial y el país goza su prestancia de imperio, sin darse cuenta de que en sí lleva las contradicciones que habrán de derribarlo. Se refleja esta situación en H. G. Wells, a quien Kingsley Amis considera —y con toda razón— uno de los abuelos indisputables de la ciencia ficción.

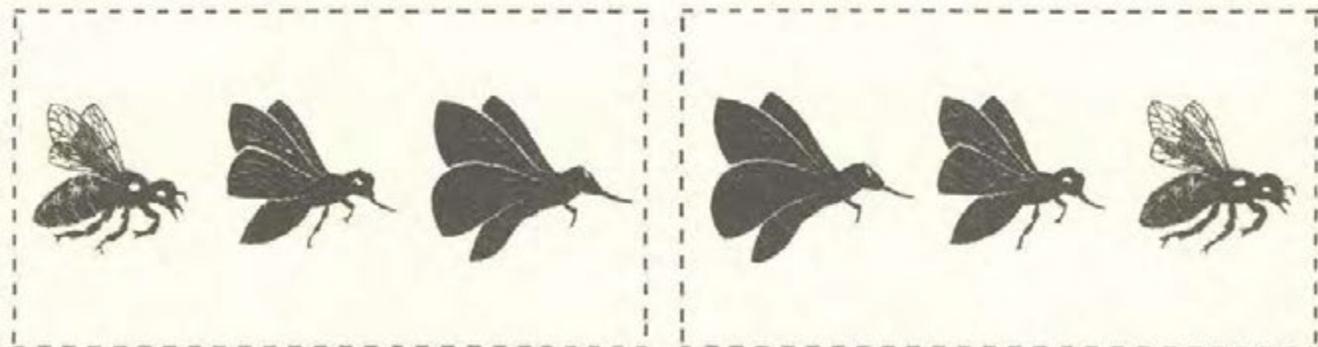
Creador de "romances científicos", Wells se inicia en este campo casi virgen de la literatura con "Los crononautas" (1888), cuya versión final lleva como título *La máquina del tiempo* (1895). Aparte de haber planteado uno de los temas dilectos del género —los viajes a través del tiempo—, Wells deja claro desde esta primera obra la íntima contradicción existente en sus novelas: la aceptación de la ciencia junto a la duda respecto a las posibilidades del porvenir del hombre. Si exploramos a fondo las raíces de tal duda, veremos que se entierran clara-

mente en un conflicto lógico y difícil, acaso imposible, de resolver. Padece el mundo una enorme brecha entre la inmadurez ética del hombre y el incontenible avance de la técnica. Dispone el ser humano de enormes recursos materiales, sujetos al control frágil y tambaleante de una capacidad de decisión aún torpe.

Según envejece, Wells se amarga. Una lectura cronológica de sus novelas de ciencia ficción deja claro tal desarrollo: desde obras sustentadas en el precario equilibrio de un optimismo superficial en lucha contra una convicción interna diametralmente opuesta, hasta el abandono —aquí parcial, allá completo— de toda pretensión al respecto. Mas Wells no se encuentra solo aquí, pues un breve repaso de la literatura victoriana nos hará darle sólida compañía: Dickens, Tennyson, Hardy y —¿por qué no?— Adams en los Estados Unidos. Wells, inevitablemente, es hijo de su contradictoria época.

En el campo de la ciencia ficción Wells es la fuente mágica que todo lo abarca. No creo que tema alguno de primera importancia haya escapado a su espíritu observador. Pero Wells representa una línea de desarrollo. Verne vendría a ser la otra. Y conocida es la queja de este último contra el anterior: "Yo utilizo la física. El inventa."¹ Es decir, el francés apoya sus aventuras en una estructura científica lógica y aceptable; el británico escuda con cualquier invento ingenioso, no importa cuán ilógico, su punto de arranque científico y se lanza a explorar las consecuencias emanadas del uso de la técnica. Hoy día, los especialistas en ciencia ficción siguen dividiendo su campo en esas dos escuelas, llamando a una "hard facts science fiction" (Verne) y a la otra "soft facts science fiction" (Wells).

¹ Véase Kingsley Amis, *New Maps of Hell*, Londres, A Four Square Book, 1963, pág. 32.



La ciencia ficción se encuentra representada en Wells de un modo sorprendentemente moderno. Si vamos a Verne el otro abuelo indisputable del género, veremos que la presencia de los elementos indispensables para aceptar una obra como de ciencia ficción plantea ciertos problemas, pues en muchos casos esos elementos son simplemente vestimenta de narraciones insertas claramente en el campo de la aventura. Pero se mentiría por omisión si no se aclarara que en distintos momentos —*Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Robur el conquistador*, *Los 500 millones de la Begun*— las novelas de Verne se cargan de un contenido conceptual que hace desbordar los límites estrechos de la obra de aventuras y agregan la dimensión necesaria para volverlas polémicas y críticas. Allí vive constantemente Wells, en lo polémico y en lo crítico.

El distingo hecho entre esos dos autores ha de servirnos como punto de arranque para explorar el género. Tenemos por una parte a Verne, quien da una base científica seria (hasta donde su época la permitía) a sus novelas, pero rara vez logrando enriquecerlas con algo más que las simples aventuras. Las llamaríamos novelas de argumento o de trama. Wells descuida bastante el aspecto científico, pues su propósito radica en explorar las consecuencias de un cierto hecho. Sin desprenderse nunca de la vitalidad narrativa, persigue ideas. Y los dos son, a nivel literario, escritores de oficio práctico y prácticos en el oficio. Es decir, buscan la efectividad narrativa a nivel de desarrollo de la secuencia episódica.

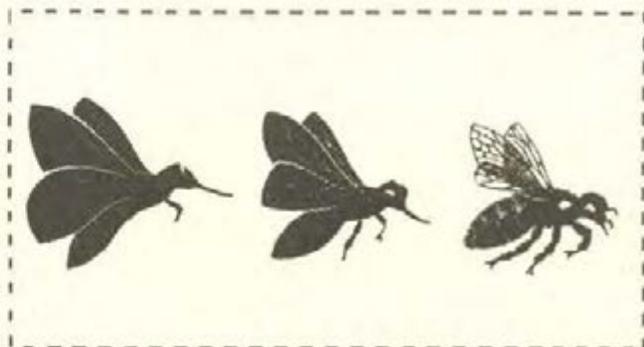
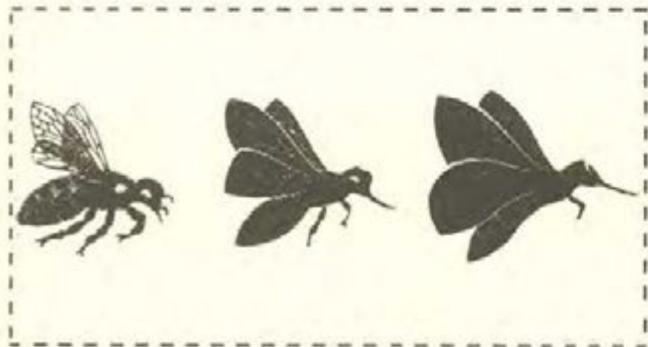
La ciencia ficción nace en Europa:² en Francia y en Inglaterra. Después habrá de pasar a los Estados Unidos. Conocemos la teoría que atribuye a Poe la paterni-

dad del género, pero las razones nos parecen insuficientes para aceptar al norteamericano como algo más que un precursor. En Verne, en Rosny, en Wells sí tenemos el logro de una obra continua y firmemente arraigada en los elementos de sustentación pertenecientes a esta novelística. Así pues, la ciencia ficción nace en Europa. Y en la Europa del siglo XIX.

Se ha llamado a la novela picaresca “la epopeya del hambre”. Surge en la España del XVI y va esparciendo su influjo por todos los países: Francia, Alemania, Inglaterra... En pleno siglo XX la encontramos sobreviviendo —a veces velada y otras claramente— en España misma, en Latinoamérica y en los Estados Unidos. La novela picaresca fue la epopeya del hambre y surge en el XVI porque España, en ese siglo, muestra una riqueza externa carcomida por la interna gusanera de una mala administración y distribución económica. En aquella España el pueblo se moría de hambre. En aquella España, el pueblo escribía acerca del hambre. Cada época genera sus exactas avenidas de expresión.

La ciencia ficción nace en Europa. La Europa del siglo XIX. Una Europa donde aún existe el hambre y la pobreza, pero donde la Revolución Industrial parecía haber venido a cumplir esperanzas de superación. Y el hambre, al menos en Inglaterra, mengua. Y cuando el hambre ya no acosa al ser humano, puede éste dedicar su interés a preocupaciones menos del cuerpo y más de la mente. Y si unimos estos dos elementos —un nivel de vida bastante elevado y un desarrollo técnico y científico inigualable—, el terreno adquiere todas las virtudes necesarias para que en él brote y crezca la ciencia ficción. Porque ésta nunca se ha percatado del hambre o de la pobreza. Se diría que nació rica y jamás supo de congojas corporales. Por ello llegó a llamársela “literatura de ideas”, como si Sófocles, Shakespeare o Calderón estu-

² Cf. Jacques von Herp, *Panorama de la Science Fiction*, Verviers (Bélgica), André Gérard, 1973, en especial la introducción y los primeros capítulos.





vieran ayunos de las mismas. Pero dentro de su aplastante egoísmo la etiqueta encierra su grano de verdad, pues quiere decirse que la ciencia ficción aborda temas generalmente relacionados con preocupaciones filosóficas, religiosas, metafísicas y hasta sociales en un sentido amplio. La ciencia ficción suele meditar, mas no sobre el hambre y la pobreza.

Por lo mismo ¿cómo tener ciencia ficción allí donde las necesidades físicas inmediatas vienen a ser el pan diario de nuestras páginas? Primero surgió en Francia e Inglaterra y luego, con toda lógica, en los Estados Unidos. Y cuando ya fueron grandes en lo económico, en la URSS, en Polonia, en Checoslovaquia, en Bélgica. Porque la ciencia ficción suele meditar en relaciones, como la del hombre con la máquina, como la del hombre con lo desconocido, como la del hombre con otros seres. El hambre y la pobreza no parecen importarle. Y esto inmediatamente le da un rasgo distintivo. Se le diría una literatura elitista, no importa que su público lector abarque varias clases sociales, aunque arraigue sobre todo en la media, como la mayoría de los productos literarios de hoy en día. Es elitista por los temas que ha elegido.

En 1926 Hugo Ginsberg lanza la primera revista especializada en ciencia ficción y se inicia así la etapa comercial del género. En reconocimiento a la labor de difusión de Ginsberg como editor, uno de los principales premios anuales de la ciencia ficción lleva su nombre: Hugo. Fue con Ginsberg —y luego con Campbell— que muchos autores hoy clásicos pudieron comenzar su carrera. Sin embargo, en esos primeros años la ciencia ficción padecía la

incapacidad —pese a los temas elegidos— de calar hondo. Veamos las razones.

Si al lector promedio de hoy en día se le pide que describa a la ciencia ficción, muy probablemente hablará de viajes interplanetarios, de héroes musculosos armados de pistolas para lanzar algún tipo de rayos y de heroínas reveladoramente vestidas, casi desnudas o desnudas del todo, presas en las garras de este o aquel monstruo acaso canibal, acaso erotómano, cuyas intenciones no suelen ser claras. Estamos en pleno reino de la "space-opera",³ en pleno reino de Edgar Rice Burroughs. Esta noción del lector medio se justifica plenamente en las primeras etapas comerciales del género y, triste pero inevitablemente, en mucho de las etapas posteriores. Los BEM,⁴ si bien diezmadados, se niegan a desaparecer. El tópico pervive y continúa alimentando la visión parcial existente entre quienes no saben mucho de la ciencia ficción.

Dijimos que en Verne el aspecto científico disfrazaba a menudo de ciencia ficción lo que no es sino aventura. Según leamos títulos, irá fortaleciéndose en nosotros la idea de que la "space-opera" es un producto híbrido, surgido de una necesidad de continuidad en el campo de la literatura de escape. De siempre —simplemente echemos la vista al pasado— el hombre ha solicitado un tipo de lectura que le permita la huida y la identificación. Huida de la vida gris, monótona y enmohecida típica del hombre medio; identificación con un héroe de potencialidades físicas inalcanzables para quien es parte de una existencia normal. El goce vicario de la transplatación da su razón de ser al tipo de obras que estamos comentando.

Así pues, la aventura cumple satisfaciendo un tipo especial de apetito. Y tan sólo se le pide, como literatura, que facilite la unión entre el lector y el sueño. Pero lograr el sueño se complica cuando el vehículo pasa de moda. Excepto por los niños, la identificación se dificulta si el héroe es un caballero medieval o un pirata. No pertenecen ya a nuestro ámbito. Creo, por lo tanto, que la ciencia ficción, en la "space-opera", su variante de menor calidad, vino a suplir elementos ya caducos, tomando el lugar de éstos en ese mundo de la aventura deleitosamente imposible donde la acompañan lo policíaco y lo semipornográfico, campos de hazañas igualmente portentosas.

Pero también en la novela de aventuras hay niveles. En este primer estrato de la ciencia ficción no es igual adentrarse en un libro de Heinlein que en otro de Burroughs; ni en uno de Burroughs que en otro de Fox o de Jones. Estos últimos representan a la literatura hundida en tal marasmo de ineptitudes, que ninguna razón excusa el dedicarles tiempo. Burroughs sabe narrar; Heinlein, a más de esto, nos da una aceptable cosmovisión. Es decir, las novelas se van enriqueciendo según se vuelven conceptuales.

³ Remito al lector interesado en este aspecto a J. Ignacio Ferrera, *La novela de ciencia ficción*, Madrid, Siglo XXI, 1972, págs. 47-53.

⁴ Big-eyed monsters = monstruos de ojos saltones.

La ciencia ficción que vale la pena no es de aventuras, o por lo menos no lo es en el grueso de su producción. La ciencia ficción plantea problemas de inevitable importancia para el ser humano y lo hace recurriendo a medios que permitan visiones extremas. Tal y como Hemingway mide a sus personajes observándolos reaccionar ante situaciones límite, la ciencia ficción estudia las consecuencias últimas de un acto explotado al fondo de sus potencialidades. Se ha dicho que la ciencia ficción es la literatura del "si": ¿Qué ocurriría si en el mundo sólo hubiera mujeres? (*Consider Her Ways*, Wyndham, 1966); ¿y si nos invadieran seres de otro mundo? (*The War of the Worlds*, Wells, 1898); ¿y sin fuéramos parte de un experimento a nivel universal? ("Jokester", Asimov, 1941); ¿y si surgiera entre nosotros un ser en verdad extraordinario? (*Odd John*, Stapledon, 1935) y mil probabilidades más.

Es en este campo, el de la especulación, donde la ciencia ficción reina imbatible. El único peligro surge del género mismo, que suele enredarse en sus propios elementos de partida tomando por fin lo que debiera ser medio. El autor da con una idea interesante. Deslumbrado, trata de agotarla en sus posibilidades y comienza a explotarla, pero haciéndolo casi invariablemente a nivel de tramas, no de concepto. Insiste el escritor en aprovechar las oportunidades de crear buenas escenas que la idea permite y la estructura de la narración se le va de las manos. Más triste aún, la exploración conceptual de dicha idea queda en promesa rota. (Ejemplos? "The Great Keinplatz Experiment", Conan Doyle, c. 1900; "Hyperpilosity", Sprague de Camp, 1938.)

Cuando esto ocurre, estaremos ante una obra amena, interesante y hasta inquietadora, pero a la vez frustrante. De otra manera, gozaremos de un texto que nos irá enriqueciendo en virtud de su contenido; de su oculta, subterránea, simbólica o como quiera llamarse la representación de un problema nuclear, expresado a través de una narración cautivante: me atrevo a poner aquí, como ejemplo, *The Drowned World*, de Ballard, 1962; *The Currents of Space*, de Asimov, 1952; *The Martian Chronicles*, de Bradbury, 1950, entre bastantes otras. Sirven como ejemplo del primer grupo —desde luego más numeroso que el segundo— *The Seedling Stars*, de Blish, 1957; *The Fireclown*, de Moorcock, 1965.

Esta avenida de acción que estamos comentando —la especulación— constituye el cuerpo central, el volumen mayoritario de ese campo literario conocido como ciencia ficción. Ha sido en él donde este género libró y sigue librando su batalla decisiva por volverse, a ojos propios, digno de supervivencia. Nadie le negará triunfos en las escaramuzas, triunfos cuyos nombres son Wells, Aldiss, Leguin y Clarke en sus buenos o espléndidos momentos. Pero como totalidad sigue a la espera de reconocimiento. Un problema está en que se la desprecia por el tipo de material que maneja, cuando, no tan paradójicamente como pudiera pensarse, en dicho material tiene la fuerza de su posible victoria. Mas hay en la crítica desprecios



irracionales difíciles de superar, siendo el mencionado uno de ellos.

Quedó expresado otro de los problemas en párrafos anteriores: la incapacidad que suele mostrar la ciencia ficción para escapar de la poderosa trampa de una idea fascista o de un aparato novedoso. Y otro más, quizás el esencial, quizás aquél donde todo gravita, es el de los grandes fracasos.

Ampliemos el punto. Hasta el momento, la ciencia ficción no ha dado un libro definitivo. *Don Quijote*, al clausurar unas posibilidades, vino a abrir otras mayores; *Guerra y paz* fue cenit de un modo de novelar y es obra esencial para el entendimiento del hombre occidental; *Ulises* lanza —dentro de su marmórea inmovilidad— toda literatura hacia nuevas sendas. Nada ni lejanamente cercano a esto ha logrado la ciencia ficción. Pero tampoco, seamos francos, en el estrato inmediato inferior. La ciencia ficción sigue siendo promesa. Es joven y acaso en ello haya disculpa, pero lo cierto es que a cien años de nacido el género la gran novela de ciencia ficción está por aparecer. Claro, obras de interés las hay. Decía Cocteau que en lo policiaco hallaría el crítico agudo gemas escondidas. Así en la ciencia ficción, donde el lector paciente —¡ay, agotadoramente paciente en ocasiones!— hallará buenas recompensas. Pero sólo buenas.

La ciencia ficción tampoco ha logrado crear un personaje de talla. Ningún nombre que agregara al de los Karamázov, al de Madame Bovary o incluso al de Sherlock Holmes. Los personajes de ciencia ficción suelen existir

—e incluso hasta moverse— en dos dimensiones. Surge esto de que —insistamos— una idea curiosa y atrayente es lo central y el resto, incluyendo personajes, elementos subordinados a tal idea. Existen en razón de ella. Digamos que en la ciencia ficción los personajes nunca llejan el peso del libro —como Bloom en *Ulises*— y suelen ser tan sólo vehículos de la acción.

Lo que sí vamos teniendo son personajes a los que se quiere trascendentales a fuerza de representativos. Acaso hayan surgido de la necesidad sentida por los autores de ciencia ficción de crear algo más que mecanismos conductores de la acción narrada. Lo grave, pienso, está en la dirección dada a esa necesidad. Veo su punto de arranque en la saga marciana de Burroughs —y estoy usando la palabra saga con toda premeditación—, donde el personaje central adquiere rasgos de héroe casi sobrehumano. La línea se continúa hasta nuestros días, cuando recibe nueva fuerza en manos de Moorcock y Fox, por nombrar algunos, quienes están empeñados en crear seres mitológicos aprovechables por otros autores. La intención es darnos un mundo usualmente posterior a una gran hecatombe atómica, en el que conviven estrafalaria-mente la espada y la pistola de rayos, los trajes de gladiador con las naves atómicas, la fauna más extravagante con las ciudades menos creíbles; un mundo montado a medias entre lo mitológico y lo real-improbable. Mucho de lo visto en las películas de Flash Gordon reaparece aquí.

La dirección dada a esta necesidad, no nos convence, pues aparte de evadir la ciencia ficción los problemas serios que por tradición le conciernen, idealiza en esos superhéroes un tipo humano peligrosamente próximo al símbolo ario de los dominadores. No he explorado aún este aspecto lo suficiente como para lanzarme a dar conclusiones definitivas, pero sí lo considero digno de atención por sintomático y representativo. Por otra parte, habría que estudiar si Norman Spinrad está en lo cierto cuando afirma: "Moorcock ha creado cuidadosa y deliberadamente un arquetipo y una mitología modernos y sintéticos que él y otros escritores puedan usar como estructura mítica, alrededor de la cual ejercitarse en cuestiones estilísticas, formales y alusivas..."⁵ Los caminos del mito se abren a muchas posibilidades y no podemos arriesgarnos a que Spinrad tenga razón y dejemos de lado una perspectiva tal vez importante.

Resumanos. En la ciencia ficción no tenemos un libro definitivo a nivel universal. Tampoco un personaje de talla. Y por mucho que hurguemos en la memoria, no encontraremos una obra cuyo estilo, cuyo manejo del idioma, haga perdonar cualesquiera otros defectos pudiera tener. Miró nos ha dejado palpables muestras de los excelsos niveles posibles en el manejo de un idioma. Ejemplos a veces demasiado sujetos al afán del idioma y, por ello mismo, derrotados en sus posibilidades de comunicación. No quisiéramos esto de la ciencia ficción.

⁵ Cf. Jacques van Herp, *Panorama de la Science Fiction*, Verviers (Bélgica), André Gérard, 1973, en especial la introducción y los primeros capítulos.

Quisiéramos la sabia unión de forma y fondo. El pleno surgimiento de la primera a impulsos del segundo. Pero el género nos niega esos placeres. Alguna vez tenemos la capacidad poética de Bradbury o la eficiencia narrativa de un Aldiss, pero lo usual es vernos ante un texto concebido a partir de la anécdota y en lo anecdótico cumplido, con total sacrificio de los otros elementos, entre ellos el idioma.

A sí vista, la ciencia ficción parece un campo de realizaciones pobres. Sin embargo tal apreciación pecaría de apresurada, pues aunque las carencias descritas existen, no invalidan lo ya conseguido: un conjunto de cuentos y novelas donde las principales preocupaciones del hombre por su futuro han encontrado eficiente y en no pocas veces bella expresión. Lo que a la ciencia ficción le faltaba era abrirse a las otras posibilidades de la literatura. Abandonar lo que Aldiss llama con toda razón la fórmula, virus en guerra radical contra la buena novela de cualquier género.⁶ Si hasta hace poco y como panorama general, la ciencia ficción era tecnócrata, necesario le fue meditar su situación. Y terminó meditándola. El movimiento llamado "la nueva ola" quiso abrirle nuevos horizontes al género y sus mejores representantes —Brunner, Farmer, etc.— se lanzaron al experimento. Si el sexo nunca participó en la literatura de ciencia ficción anterior a los cincuenta, a par-

⁶ Véase Brian W. Aldiss, "The Gulf and the Forest", *Fantasy and SF*, abril de 1978, págs. 4-11.



tir de entonces se le dio carta de ciudadanía, aunque no sin protestas por parte de quienes pertenecían a la vieja escuela. Claro, toda libertad conseguida se vierte de principio en abusos y lo erótico hizo acto de presencia en la ciencia ficción acompañado generalmente por una triste falta de criterio en su uso (a título de ejemplo léase "The Garden of Delights", de Langdon Jones). Pero las aguas terminan por volver a sus cauces y la madura integración de este elemento a la ciencia ficción es una realidad que ya se va palpando.

Si volvemos a la cita de Spinrad, veremos que se habla de "cuestiones estilísticas", aunque allí referidas a un aspecto de la ciencia ficción. En efecto, aparte de conquistar libertades la Nueva Ola quiso invadir terrenos hasta ese momento descuidados, en términos generales, por los practicantes del género. Los autores nacidos a partir de la década de los treinta decidieron probarle al mundo que la ciencia ficción no estaba peleada con la posibilidad de un estilo algo más que cuidado y algo más que práctico. Querían expresar sus ideas con ayuda de un entramado lingüístico aquí sutil, allí barroco y más allá terso, según lo exigiera la íntima esencia del texto. Buscaron dejar atrás la imagen pública de una ciencia ficción comprada en las terminales de autobús y leída al descuido mientras el viaje duraba. Váyase a Ballard, a Farmer, a H. Ellison, al propio L. Jones y se verán los resultados. Y no se olvide que con *Hand-Reared Boy* Brian Aldiss conquistó definitivamente a la crítica no especializada en ciencia ficción, siendo una de las razones el manejo del idioma en dicha novela. Así, otro de los propósitos se va cumpliendo.

"Cuestiones formales", dice también Spinrad. La narración de ciencia ficción típica es lineal. El autor va entregándonos una serie de episodios enlazados en una continuidad muy a menudo empobrecedora. Rara, muy rara vez cumple la estructura narrativa funciones que no estén subordinadas a la anécdota. Sólo en ocasiones se la utiliza para profundizar en el estudio de personajes; para comentar irónica, dramática o filosóficamente el significado de lo contado; para multiplicar los puntos de vista y enriquecer la perspectiva. Una vez más la Nueva Ola aborda el problema y comienza a resolverlo. Lo usual en ella es partir del empleo del tiempo y desintegrar la línea narrativa de modo que la yuxtaposición de planos cronológicamente ajenos permita una visión en profundidad, pues cada plano se ilumina desde un ángulo distinto según el plano que lo afecta e ilumina a su vez a los que lo rodean. Joyce y Faulkner ya estuvieron aquí, pero ello no va en demérito de los esfuerzos hechos por Silverberg, Farmer, Aldiss, Zelazny, etc. Existe el peligro, claro, de hipnotizarse con los nuevos elementos y volverlos fines. Todo experimento conlleva una obsesión irresistible por llegar a los límites. Pero la literatura tiene la capacidad enorme de asimilar las exageraciones y adaptarlas a la medida de sus necesidades. Como literatura, la ciencia ficción logrará esto y las técnicas conquistadas revertirán sus bondades al humilde pero imprescindible papel de medios.

Así pues, la ciencia ficción va en marcha segura hacia

un horizonte más amplio. El fenómeno de mayor interés que cobija esto no carece de ironía: la ciencia ficción ha despertado a la necesidad de aceptarse como una literatura que debe satisfacer los requerimientos de toda literatura. Que en su campo de acción aporta ángulos muy especiales y enriquecedores, buen ejemplo son Huxley, Orwell, Fast, Golding y hasta Doris Lessing, quienes en ella hallaron marco ideal para algunas de sus inquietudes. Va cumpliéndose ahora un movimiento paralelo: y la ciencia ficción se aproxima lentamente a ciertas fuentes constantes en toda literatura digna de atención.

Bibliografía

- Aldiss, Brian W., "The Gulf and the Forest", *Fantasy and SF*, Estados Unidos, abril de 1978, págs. 4-11.
Amis, Kingsley, *New Maps of Hell*, Londres, A Four Square Book, 1963.
Ferreras, J. Ignacio, *La novela de ciencia ficción*, Madrid, siglo XXI de España Editores, S. A. 1972.
Sadoul, Jacques, *Histoire de la science fiction moderne*, Paris, Albin Michel, 1973.
Spinrad, Norman, "New Tomorrows", introducción a *New Tomorrows*, Nueva York, Belmont Books, 1971.
Van Herp, Jacques, *Panorama de la science fiction*, Verviers (Bélgica), André Gérard, 1973.



ABELARDO VILLEGAS

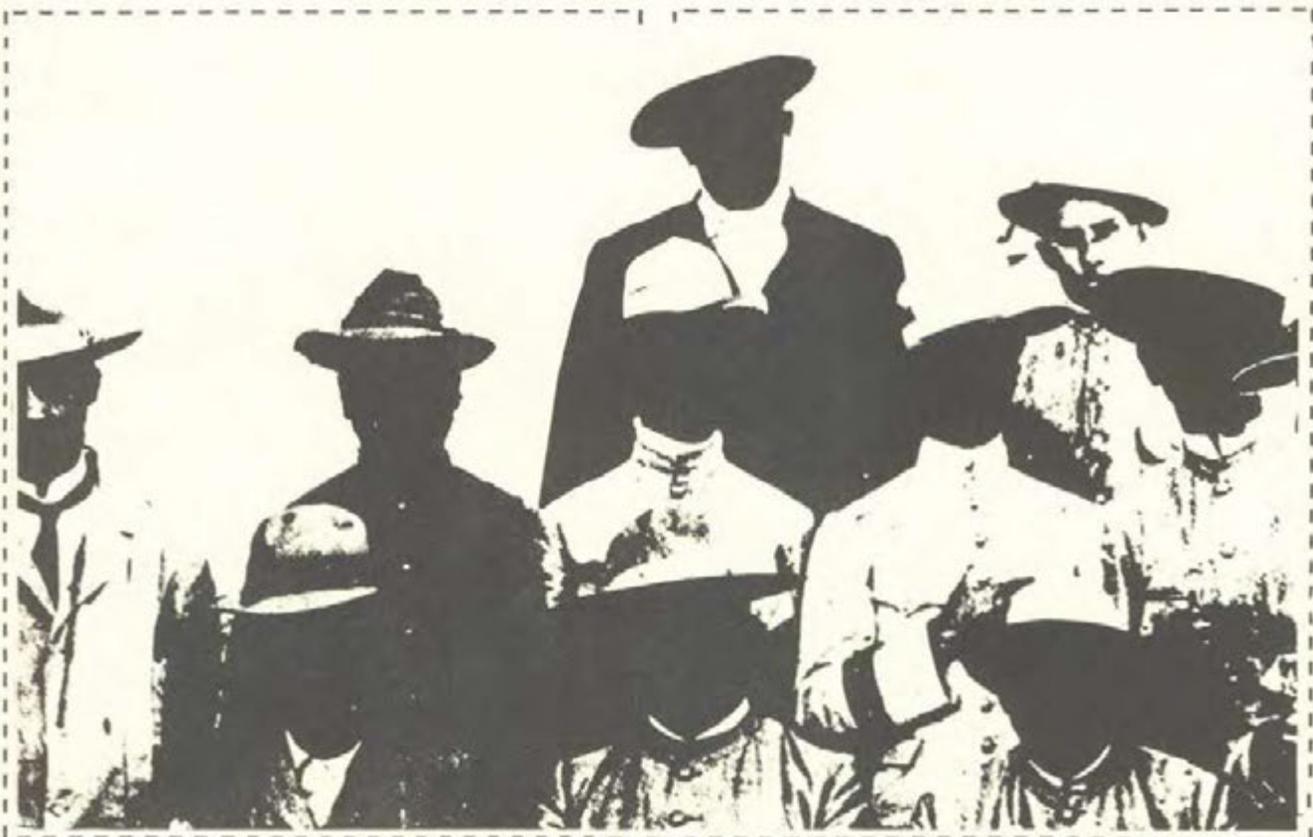
La ideología política de Octavio Paz

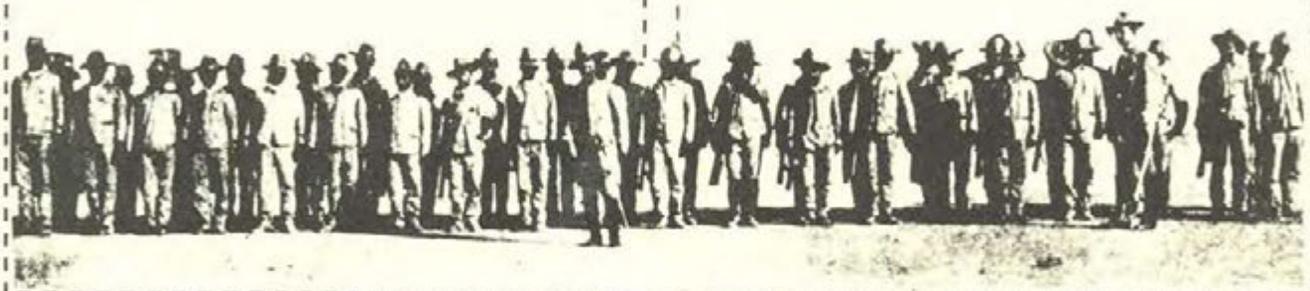
Como lo indica este título, vamos a tratar del pensamiento político de Octavio Paz, por lo cual quedan excluidas todas las valoraciones de orden literario, aunque no las referencias a su menester de hombre de letras y de poeta en particular. En efecto, a Octavio Paz le preocupa el papel del intelectual en la política, específicamente el del poeta, de lo cual se ha ocupado en diversas ocasiones.

Pero antes de exponer sus ideas es necesario hacer un diseño, aunque sea esquemático, de la perspectiva que de una manera u otra tiene que asumir el intelectual mexicano cuando se ocupa de cuestiones políticas. Esta perspectiva está determinada, en buena medida, por la acción del Estado mexicano sobre los intelectuales, acción que es más determinante en proporción a la eminencia del intelectual. La mayoría de estos intelectuales —y Paz no queda excluido— trabajan o han trabajado para el Estado mexicano. Muchos se ven beneficiados por las agencias culturales del Estado: el Instituto Nacional de

Bellas Artes, la Secretaría de Educación Pública, la de Relaciones Exteriores, El Colegio Nacional, los Premios Nacionales, etc. Por ello, cuando estos intelectuales, por circunstancias políticas o por obra del propio desarrollo de su pensamiento, se ven en trance de hacer una crítica global al sistema tienen dificultades para conciliar su acción con sus ideas y sobre todo para explicar su propia trayectoria.

La cosa no tendría mayor importancia si no fuera porque éstas son a veces muy incisivas, radicales y justas. O para decirlo con mayor precisión: le resulta muy difícil al intelectual hacer una crítica de oposición global desde una situación conciliatoria. Ciertamente que en esto hay grados, pero tal paradoja es constitutiva de la situación de la mayoría de los intelectuales destacados y determina en buena medida las fluctuaciones de su pensamiento político. Y esto es así porque la captación de los intelectuales, en forma directa o indirecta, es un rasgo político permanente del Estado mexicano. Semejante proceso de





captación incorpora a los intelectuales a capas privilegiadas de la población mexicana, desde las cuales toda posición de radicalismo corre el peligro de carecer de autenticidad. Los intelectuales viajan, sus obras se publican, son agasajados por los políticos, tienen casas de campo y, luego, desde sus bien nutridas bibliotecas, escriben obras o artículos de oposición global al sistema.

Lo anterior no es un juicio de valor sino un dato del que hay que partir para comprender la vida cultural de México y desde el cual tienen que partir los propios intelectuales para explicarse a sí mismos y al mundo en que viven.

El mismo Paz es consciente de ello y por eso ha dicho "En México, todos o casi todos los escritores, sin excluir a gente que fue la independencia misma como Revueltas y Cosío Villegas, hemos servido en el gobierno. Compromiso peligroso que puede convertirse en pecado mortal si el escritor olvida que su oficio es oficio de palabras y que entre ellas una de las más cortas y convincentes es NO. Uno de los privilegios del escritor es decir NO al poder injusto" (*Proceso*/58/12 de diciembre, 1977).

En el pensamiento político de Octavio Paz hay dos etapas, una, antes de 1968, y otra después. Su oposición al sistema mexicano corresponde a la segunda.

En una primera etapa Paz dice SI a la Revolución Mexicana al grado de considerarla como una torsión fundamental de nuestra historia con un significado ontológico y sustancial. En *El laberinto de la soledad* afirmaba: "por la Revolución el pueblo mexicano se adentra en sí mismo, en su pasado y en su sustancia, para extraer de su

entraña, su filiación. De ahí su fertilidad que contrasta con la pobreza de nuestro siglo XIX" (FCE/1963/p. 116). Paz suponía entonces, y aún mucho después, que nuestra historia está compuesta por capas que ocultan una realidad sustancial y radical. La Revolución era para él una instancia que transparentaba mejor que ninguna otra tal sustancia. Esta fue una expresión que explicaba o formulaba lo que de una manera más tosca proclamaba la demagogia oficial: que la Revolución es el hito más importante de nuestra nacionalidad y aun de nuestra humanidad.

Muchos años más tarde (la primera edición del *Laberinto* data de 1950), en 1977, Paz dice que "entre 1945 y 1960 el país —mejor dicho, la burguesía, la clase media y vastos sectores de la clase obrera— viven en un estado de satisfacción hipnótica. Era el reposo de la digestión, la siesta histórica. En 1968 se rompió el consenso..." (*Proceso* *ibid.*). Podríamos quizá, afirmar que una opinión como la del *Laberinto* correspondía a una satisfacción hipnótica que se suspende por los acontecimientos de 1968. Ellos revelaron una grieta profunda en el México desarrollado. Pero aun así, Paz no creyó que ya nos enfrentáramos a una situación revolucionaria. En *Posdata* (primera edición 1970, la citada aquí es la undécima, Siglo XXI, 1977) afirma "ni el temple del pueblo mexicano es revolucionario ni lo son las condiciones históricas del país. Nadie quiere una revolución sino una reforma; acabar con el régimen de excepción iniciado por el Partido Revolucionario hace cuarenta años", lo que se quiere es "democratización" (p. 35).

Paz vio en *Posdata* la crisis de 1968 como la crisis del México desarrollado, que se presentaba justamente cuando ese desarrollo iba a recibir la sanción internacional al celebrarse aquí los juegos olímpicos. Era un momento en que la Revolución mexicana había ya degenerado en un régimen burocrático y paternalista que había tenido como resultado la creación de dos Méxicos, uno desarrollado y otro subdesarrollado. En 1970 Paz creía que la solución estaba en la democratización, que tanto en Rusia como en México la falla consistía en buscar el desarrollo sin la democracia. La perspectiva cambia ahora. "Hoy en 1977, ha afirmado Paz, la contradicción entre el México desarrollado y el subdesarrollado se ha vuelto más aguda. No es la contradicción de dos clases sino de dos tiempos históricos, incluso de dos países" (*Proceso* *ibid.*). El proyecto de modernización de México ha fallado por la existencia de ese trasfondo de miseria y ahora hay que encontrar nuevas soluciones.

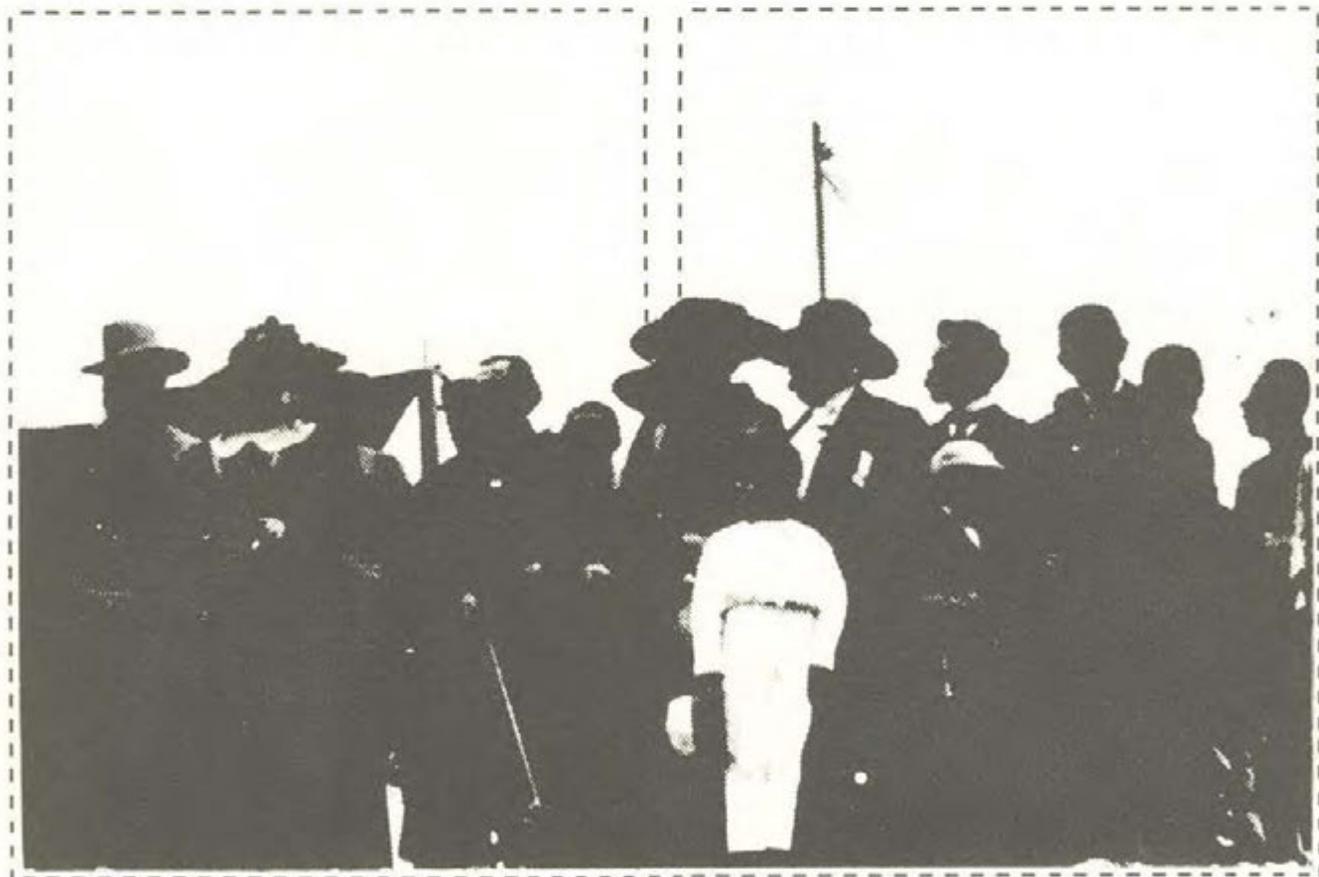
Paz sigue creyendo ahora lo que dijo en *Posdata*, "sólo una solución democrática permitirá que se planteen los graves problemas del país, en especial de la integración del México subdesarrollado o marginal" (p. 93).

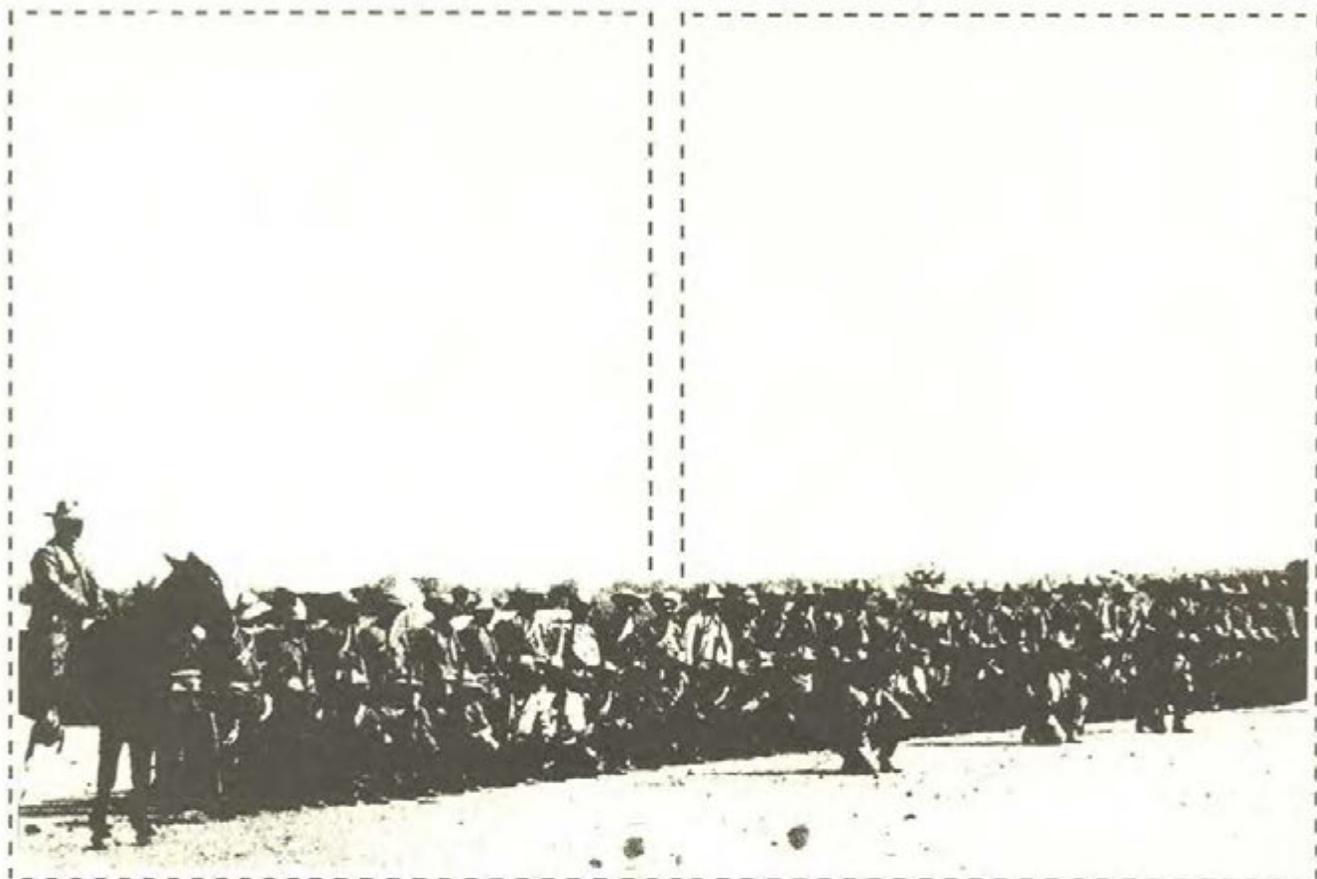
Paz no habla de una nueva revolución, incluso duda de la existencia de revoluciones modernas. Con muchas reticencias y salvedades a las que después nos referiremos habla del posible tránsito al socialismo o de la construc-

ción de un nuevo proyecto nacional. De cualquier manera, no cree que nuestra disyuntiva sea escoger entre el socialismo o el fascismo dependiente. "¿Por qué no ponernos a pensar por nuestra propia cuenta, por qué no inventar soluciones?" pregunta, expresando una preocupación muy propia de su generación.

Aquí hay varias cuestiones a considerar: la primera de ellas resulta de que muy probablemente Octavio Paz no vería una contradicción entre considerar a la Revolución como el hito fundamental de nuestra historia y el que sufriese un proceso degenerativo, el cual justamente se encuentra en el foco de la discusión y de la crítica. Yo considero, sin embargo, que la degeneración de la Revolución Mexicana es una de las consecuencias de los gérmenes que en ella se encontraban aun antes de que tal degeneración fuera aceptada casi unánimemente. Tal es, por ejemplo, el caso central de la corrupción. La corrupción aparece desde los primeros momentos de la Revolución y no sólo como una peculiaridad moral sino como una característica explicable sociológica y políticamente. El mismo Paz la ha explicado como una característica del patrimonialismo de nuestros regímenes políticos; de que nuestros regímenes, por fuertes atavismos seculares, consideran al país como un patrimonio de los grupos gobernantes.

Ahora no discuto eso, lo que creo es que si el propio Paz se adhiere a este tipo de explicaciones forzosamente





ha debido cambiar su idea general de la Revolución, desde considerarla como el máximo fenómeno humanístico de nuestra historia hasta considerarlo como un fenómeno altamente deficiente desde sus orígenes.

Otra cuestión es la de ponderar la necesidad de una nueva revolución, con ciertas características que le atribuye. Paz considera el socialismo como la única salida. Pero si no es necesaria otra revolución, se abriría entonces la posibilidad de transitar al socialismo *sin* revolución. ¿Estamos en efecto, como alguien lo ha dicho, frente a un social demócrata? En *Corriente alterna*, cuya primera edición es de 1967 (la consultada ahora es de 1975, ed. Siglo XXI) Paz esboza una idea que le es muy característica y que está cerca de contradecir su opinión del socialismo como posibilidad señera. Dice: "La acepción de la palabra revolución como cambio violento y definitivo de la sociedad pertenece a una época que concibió la historia como un proceso sin fin. Rectilínea, evolutiva o dialéctica, la historia estaba dotada de una orientación más o menos previsible. Poco importaba que ese proceso apareciese, visto de cerca, como marca sinuosa, espiral o zigzagueante; al final la línea recta se imponía; la historia era un continuo ir hacia adelante" (p. 196).

Esta concepción es justamente la que Paz critica. Para él, en nuestros días, la orientación única se vuelve plural. Una crítica a la razón revolucionaria muestra que no hay tal modelo único. La situación del llamado "tercer

mundo" es un ejemplo de ello. "El tercer mundo carece de una teoría general revolucionaria y de un programa; no se inspira en una filosofía ni aspira a construir la ciudad futura según las previsiones de la razón o la lógica de la historia: tampoco es una doctrina de salvación o liberación como lo fueron en su tiempo el budismo, el cristianismo, la Revolución francesa y el marxismo revolucionario. En una palabra: es una revuelta mundial pero no es ecuménica; es una afirmación de un particularismo a través de un universalismo —y no a la inversa" (p. 196).

Difícil equilibrio el de las opiniones de Paz, porque si hay incompatibilidad entre un pluralismo, como el que arriba se indica, y la opinión que transcribiré a continuación acerca de que el socialismo es la única salida racional de la crisis de Occidente. A menos que se considere que ninguna de las partes del tercer mundo pertenece a Occidente, como en el caso de los mexicanos. O que nuestras soluciones no sean racionales y el socialismo sea la única racional. En todo caso, el pluralismo sí admitiría la posibilidad de un cambio muy profundo sin revolución y hasta un socialismo implantado sin revolución.

Paz plantea una polémica con el socialismo que le ha concitado muchos odios. De hecho, Paz pone en duda que alguna vez haya existido el socialismo. "El socialismo en los países subdesarrollados,

como lo demuestra la experiencia de este siglo, se transforma rápidamente en un capitalismo de Estado, generalmente controlado por una burocracia que gobierna de una manera despótica y absoluta en nombre de una idea (ideocracia)." Por eso su opinión es tajante: "Yo no rechazo la solución socialista. Al contrario, el socialismo es quizá la única salida racional a la crisis de Occidente. Pero, por una parte, me niego a confundir el socialismo con las ideocracias que gobiernan en su nombre en la URSS y en otros países. Por otra parte, pienso que el socialismo verdadero es inseparable de las libertades individuales, del pluralismo democrático y del respeto a las minorías y a los disidentes. Por último, el socialismo fue pensado y diseñado para los países desarrollados. Según Marx y Engels es la etapa más alta del desarrollo social, de modo que viene después y no antes del capitalismo y la industrialización." (*Proceso* *ibid.*).

Esta opinión de Octavio Paz, aunque expresada en 1977, no es nueva en su trayectoria ideológica. Ya se encuentra escrita en un libro muy anterior, *El arco y la lira*, dedicado a cuestiones estéticas, y manifiesta una idea que ha tenido dos momentos de eclosión: uno, en 1938 o en general a finales de la década de los treinta cuando el régimen staliniano se volvió contra los propios bolcheviques y los sometió a los famosos procesos de Moscú firmando, poco después, un pacto de no agresión y de amistad con el régimen hitleriano. En ese momento toda una generación que había creído con fe ciega en el socialismo soviético despertó conmocionada y renegó pasándose muchas veces a la derecha y aun al fascismo. Isaac Deutscher, que ha estudiado este fenómeno en un sugerente librito, *Herejes y renegados*, sostiene que el stalinismo dejó sin cobertura a estos decepcionados, sin alternativas, y los lanzó a los brazos del capitalismo al cual sólo se acogieron por amargura y resentimiento pues ya antes habían abjurado de él. A esta generación le fue muy difícil imaginar un socialismo que no fuera el soviético, entre otras razones porque sólo el soviétismo constituía una verdadera experiencia histórica socialista.

El otro momento es el actual. Mucha gente, proclive a la izquierda, no considera que las experiencias socialistas no soviéticas, la china, la cubana, la vietnamita, la de los países de la Europa oriental, hayan superado del todo la marca stalinista y consideran que la tiranía socialista, o la ideocracia, como la llama Paz, es elemento constitutivo del pensamiento marxista leninista. Paz es de esta misma opinión: "¿No será, dice, que la concepción leninista del partido comunista como la 'vanguardia' de la clase obrera, aliada a la idea marxista de la dictadura del proletariado, tenía que resultar en lo que ha resultado? No me refiero a los excesos paranoicos de Stalin y a otros 'accidentes' de ese género sino a los rasgos constitutivos del socialismo burocrático" (*Proceso* 63/16 de enero, 1978).

O sea, que Paz rechaza el dogma de la necesidad dictatorial del socialismo y de la supuesta representatividad del partido, o de un grupo del partido o de una persona del partido.

En una polémica sostenida con Paz en los meses de di-

ciembre de 1977 y enero de 1978 en las páginas de la revista *Proceso*, Carlos Monsiváis le reprochó a Paz sus excesivas generalizaciones sobre el socialismo, sobre la izquierda nacional en lo particular, alegando que para comprender al socialismo no sólo hay que tomar en cuenta sus defectos sino también sus cualidades, o sea sus heroicas luchas en pro de la liberación. Pero, según mi punto de vista, cuando Paz les reprocha a los marxistas mexicanos su ceguera histórica lo que dice es que no se han lanzado a la construcción de un modelo depurado o inédito del socialismo. Porque, en última instancia, eso es lo que Paz pide, la invención de una solución nueva curada de esos errores que estamos señalando. Lo que no queda muy claro es si se trata de una invención dentro del espíritu socialista; o, según se desprendería de la cita que hicimos anteriormente, la invención de un modelo que propicie el desarrollo democrático para que por fin, sobre él, pueda instaurarse el socialismo.

Habría que agregar que el problema es arduo porque al rechazar las experiencias históricas del socialismo y del capitalismo se queda uno con el solo poder de la imaginación. Situación, por otra parte, muy propia de un poeta.

Muy conectados con el tema de la democratización están, en el pensamiento de Paz, el tema del Estado y el tema de la burocracia. Alguien ha dicho, con razón, que hay algo de anarquía en esa preocupación: "...el Estado, dice Paz, ésa es la verdadera amenaza a la que se enfrentan lo mismo los europeos que los asiáticos, los africanos que los latinoamericanos, es decir el mundo entero. El monstruo frío ha crecido desmesuradamente en este siglo. A su imagen y semejanza, las otras organizaciones sociales, empresas capitalistas, sindicatos obreros, partidos políticos, se han transformado en Estados en miniatura, cada uno dotado de su correspondiente burocracia. El planeta se estatiza, es decir, se burocratiza. El proceso está más avanzado en los países llamados socialistas, pero también en los capitalistas ha dado pasos gigantescos: las multinacionales, el complejo 'militar-financiero' de los Estados Unidos, la CIA, el sindicalismo monolítico, los monopolios de la comunicación, etc." (*Proceso* No. 58).

Este es otro de los tópicos de la crítica avanzada de izquierda, pues debemos recordar que el socialismo propone la socialización de la economía y la política, no su estatización. Quien sostiene que el orbe de la moralidad es la coincidencia entre la voluntad individual y el Estado es Hegel. Herbert Marcuse ha dicho que en la URSS, en vez de implementarse una política marxista, se ha realizado una política hegeliana. La experiencia histórica de los socialismos ha reforzado la presencia del Estado en vez de liquidarlo o hacerlo desaparecer. Tal exageración centralista ha dado nueva validez a la crítica anarquista y, de hecho, ha mostrado que el anarquismo es un polo permanente de la conciencia socialista. Por otra parte, es interesante que Paz advierta la proliferación de centralismos en corporaciones aparentemente menores como las empresas o los sindicatos. El centralismo es, de hecho,

una actitud ante los problemas sociales y, en el caso del socialismo, representa el otro polo de la conciencia socialista, determinado por la complejidad de los problemas sociales, por los desaciertos de la participación espontánea de las llamadas bases, por la prisa en alcanzar y sobrepasar los logros del capitalismo avanzado y por los conflictos bélicos suscitados en su enfrentamiento. Marcuse ha dicho también que esta situación está determinada por el hecho de que el capitalismo y el socialismo son ahora coexistentes y no sucesivos, al contrario de como se había previsto en las fuentes del pensamiento socialista. Estas son las aporías del desarrollo socialista; señalarlas es útil, pero más lo es apuntar soluciones. Paz reconoce su perplejidad ante los problemas pero se niega enérgicamente a pasarlos por alto, y en esto reside justamente su crítica a los que llama santones o escribanos de la izquierda intelectual.

En *Posdata* su crítica al centralismo mexicano se convierte en lo que él llama la crítica de la pirámide. Recogiendo algunas sugerencias de Vasconcelos cree advertir una continuidad entre la estratificación del mundo azteca en cuyo vértice se encuentra la figura del tlatoani, sus hábitos de masacres sangrientas y los procesos políticos de la república hasta nuestros días. "El tlatoani es impersonal, sacerdotal e institucional; de ahí que la figura abstracta del Señor Presidente corresponda a una corporación jerárquica y burocrática como el PRI." En cambio, el caudillo, una figura opuesta a la del tlatoani es "personalista, épico y excepcional", por eso aparece en los momentos de la ruptura del orden. Nuestra historia está hecha de tlatoanis y caudillos, pero todos aspiran a la primera condición. Y respecto a lo sangriento, Paz dice que "los verdaderos herederos de los asesinos del mundo prehispánico no son los españoles peninsulares,

sino nosotros, los mexicanos que hablamos castellano, seamos criollos, mestizos o indios" (*Posdata* pp. 144 y 153).

Estas ideas, sobre las que no quiero extenderme, al contrario de lo que pudiera creerse no son una metáfora en el pensamiento de Paz sino que están fundadas en una creencia metafísica: la de que existen dos niveles en la historia, uno aparente y otro soterrado. Para Paz la historia aparente, los edificios, las actitudes, las instituciones son, ellas sí, expresiones metafóricas de una realidad profunda. El Zócalo, el Palacio Nacional, la Plaza de las Tres Culturas, el Museo de Antropología, las propias Pirámides son expresiones metafóricas de una historia profunda. "Los hechos contemporáneos, dice, son una metáfora de ese pasado que es un presente enterrado" (*Posdata* p. 149). "Reducir el significado de un hecho a la historia visible es negarse a la comprensión e, inclusive, someterse a una suerte de mutilación espiritual." "...La historia visible de México es la escritura simbólica de su historia invisible", y todavía más, "...ambas son la expresión, la reiteración y la metáfora, en diversos niveles de la realidad, de ciertos momentos reprimidos y sumergidos" (*Posdata*, p. 150).

Dos palabras acerca de esta cuestión: esta idea de una historia visible y de una historia profunda que tan importante papel juega en *Posdata* y *El laberinto de la soledad* tiene, sin duda, una raíz psicoanalítica que, por cierto, ha excitado la imaginación poética. Mucho de ello encontramos, por ejemplo, en la obra de Carlos Fuentes, especialmente en *La región más transparente*. La razón es clara: a esta historia profunda o soterrada no se accedería empíricamente sino poéticamente. Al contrario, nosotros diríamos que no estando



presente el fenómeno histórico sino sólo su huella en testimonios, edificios, objetos, la ciencia histórica reconstruye lo acontecido a partir de las huellas: esta reconstrucción, si aspira a constituir un conocimiento, tiene que acatar ciertos patrones lógicos, aunque, hay que admitirlo, requiere de cierta imaginación, pero sometida a una congruencia. La explicación causal es una de esas formas lógicas. Hasta donde es posible se tiene que presentar los hechos históricos conectados causalmente. Y a mi juicio, la tarea del psicoanálisis es la misma, los síntomas neuróticos son las huellas de fenómenos no empíricos, a partir de ellos se reconstruyen dichos fenómenos y las consecuencias se manifiestan en conducta empírica. Se trata de zonas conocidas y zonas no conocidas de manera directa. Pero, al menos en la historia, no se trata de una realidad fundante y otra fundada sino de diversas maneras de acceso a una y la misma realidad, determinadas por la posición del observador. La cosa se complica extraordinariamente y se hace irracional si se establecen niveles simbólicos y se supone que sólo una especie de intuición poética penetra a los niveles fundamentales. Mas no sólo se trata de una complicación sino de una ausencia de explicación. La política y la historia son menesterosas de una explicación: si ella desaparece en pro de una intuición más o menos poética, se dan, entonces, esos fenómenos de extranjeros que andan buscando pirámides en el subsuelo de la ciudad de México, de chicanos que hacen ceremonias en Teotihuacán, todo ello en busca de una historia fundamental.

Hemos llamado a este texto *La ideología política de Octavio Paz*. Aquí, la palabra ideología la tomamos en su sentido habitual, es decir, como una secuencia de ideas sobre cuestiones políticas condicionadas por la estructura social. Y es justamente este condicionamiento del intelectual lo que discute Octavio Paz. Paz afina un poco más y dice "Creo que el escritor —la palabra intelectual es muy amplia y abarca muchas categorías— es, como escritor, en las sociedades modernas, un ser marginal. Y por serlo, justamente, ejerce una función crítica. Esa función es central pero a condición de que aquel que la ejerce no esté en el centro de la acción, como el político, sino al margen. La eficacia política de la crítica del escritor reside en su carácter marginal, no comprometido con un partido, una ideología o un gobierno". ¿Cuál es, entonces, su punto de apoyo? "El escritor no es el hombre del poder ni el hombre del partido: es el hombre de conciencia" (*Proceso* no. 58). Paz rechaza, expresamente, la *eficacia política* como una meta válida del escritor en su crítica, justamente porque en nombre de la eficacia se ha cometido una serie de crímenes y tergiversaciones. También niega que la palabra conciencia pueda ser sustituida por la palabra ideología; sólo que aquí esta última la toma como instrumento de poder, alcahueta de los Césares, dice, de los Inquisidores y de los Secretarios Generales.

En cambio si acepta el sentido que aquí le hemos dado: "pero la conciencia del escritor, como la de todos los hombres no es un absoluto: está *situada* dentro de unas cir-

cunstancias sociales e históricas concretas. Dentro de esos límites, el hombre puede a veces decir NO a los poderes injustos y obrar conforme a su conciencia" (*Proceso* No. 63).

Tales afirmaciones de Paz, como ya lo hemos dicho, suscitaron las críticas de una cierta izquierda. Carlos Monsiváis habló de los compromisos de lucha de los escritores. Pero para aclarar la cuestión sería necesario distinguir entre aquellos que libremente asume, los cuales podrían llamarse justamente compromisos, de aquellas otras determinaciones con las que necesariamente se encuentra por ser un hombre en sociedad. Yo entiendo que Paz está movido por un imperativo de verdad, que esta verdad debe enunciarse por el escritor aunque a veces entre en conflicto con los compromisos contraídos y desde la situación histórica en que está inserto. Para ello no le cabe al escritor más que una apelación a su conciencia: más allá, en lo posible, de los intereses de clase, partido o nación.

Sólo cabe apuntar que, efectivamente, la labor de un escritor, concebida de esa manera lo convierte en un ser marginal, en una especie de apestado de todas las sociedades porque el compromiso con la verdad y con su conciencia es algo no aceptado socialmente. La sociedad más bien quiere la eficacia, y cuando no hay eficacia sino verdad, entonces se le imputa al escritor una especie de locura.

Al describir Paz al escritor comprometido sólo con su conciencia describe al mismo tiempo la situación de su pensamiento político. Se trata de un pensamiento sin asideros empíricos, que ha rechazado prácticamente toda tesis que no sea la de una permanente crítica. Tal vez por eso, sus propios críticos tratamos de diagnosticar sus verdaderas afirmaciones por la cantidad de críticas que le propina a cada tesis. Si las críticas que hace al socialismo son en mayor cantidad y vehemencia que las que le hace al capitalismo, entonces está a favor del capitalismo.

Cuando menciono la ausencia de asideros empíricos quiero decir que en el pensamiento de Paz hay muchas opiniones que merecen explicaciones. Por ejemplo, el real o supuesto fracaso del socialismo tiene una explicación histórica sólo apelando a la cual se puede diagnosticar la verdadera naturaleza del fenómeno. Lo mismo ocurre con la política priista. Esta explicación tiene que ser fundamentalmente una explicación histórica y no sólo intelectual. El origen del stalinismo no se puede localizar nada más en unas cuantas afirmaciones de Marx sino también en un largo y complicado proceso histórico. Y creo que vale la pena concluir diciendo que sólo un minucioso análisis histórico nos puede sacar del nihilismo a que arriban algunos escritores únicamente comprometidos con su conciencia. Sólo un análisis de lo que ocurre, en contraste con las posibilidades, con lo que puede ocurrir y con lo que, según el observador, debiera ocurrir, pueden fundar una verdadera tesis, una afirmación que se abra paso en un mar de dudas.